

Elogio de la intimidad

La intimidad es una de esas cosas cuyo valor no apreciamos –o no lo hacemos en su justa medida– hasta que desaparece de nuestro horizonte vital. Lo mismo sucede con otros valores, como la salud, la libertad, etc.

Y sin embargo, la intimidad constituye uno de los mayores lujos que la humanidad ha conquistado trabajosamente a lo largo de su azarosa existencia. Pensemos que durante la etapa primitiva del ser humano, larguísima por lo demás, no existía nada parecido a la intimidad: se vivía en público y todo se hacía o se padecía en común. En las cavernas no había espacio para lo privado. Lo único que permitía un poco de privacidad, lejos de la mirada o el oído de los otros, era la distancia (garantía de estar solo) o la oscuridad (garantía de no ser visto).

Fuera de estas dos escapatorias a lo escasamente privado y personal todo se realizaba en contacto con el grupo: necesidades fisiológicas, engendrar, parir, gozar, padecer, morir...

Ahora, desde la altura inapreciable de nuestro confort actual, que ni siquiera los príncipes podían permitirse en su tiempo, nos cuesta hacernos una idea cabal de lo espantoso de aquella promiscuidad primitiva. Y cuando pensamos en ello, echando a andar la imaginación, enseguida apartamos con horror nuestra fantasía de tales imágenes o situaciones de la vida ancestral que conocieron los antepasados de nuestros antepasados. Y esto es así porque con la educación hemos desarrollado un sentimiento de pudor social y refinamiento emocional que antes no existía ni probablemente se echaba en falta.

En los años treinta de la pasada centuria un investigador y filósofo alemán, el conde Hermann de Keyserling, a quien Ortega y Gasset invitó a dar unas conferencias en España, publicó un librito encantador, titulado precisamente “LA VIDA INTIMA”, que poco después aparecía traducido al español en la popular Colección Austral, y es lástima que no se lea (por agotado o por desconocido) en nuestros tiempos, en que estamos bastante necesitados de reflexión sobre éste y otros temas de la vida social y colectiva.

Porque ahora es ese pudor precisamente, esa sensibilidad refinada lo que nos hace sentir malestar y náuseas ante cualquier espectáculo actual que nos retrotrae a la existencia primitiva con carácter más o menos fortuito; y nos duele porque su visión, rompiendo las actuales barreras de lo íntimo y privado, nos devuelve de pronto a la escasa o nula calidad de vida de los ancestros, produciendo un auténtico atentado a nuestros sentimientos más íntimos, tan recientemente adquiridos.

Y es que hoy en día los afortunados que disfrutamos –a veces, inconscientemente– de los bienes de la cultura más desarrollada y de los adelantos de la civilización más moderna no podríamos ya pasarnos sin esa conquista inapreciable que es la intimidad. A ella pertenecen nuestros cuerpos desnudos, que son algo tan propio y personal. (¿Os imagináis el trato con la gente sin ropas con que vestimos?) A ella corresponde también la explosión de nuestros sentimientos, pues, como dice el citado Keyserling, “De por sí, los sentimientos y las emociones pertenecen a la esfera de la intimidad del hombre”.

Porque el hombre no es solo exterior y social, sino que posee una dimensión única entre todos los seres vivos: un espacio interior e íntimo, que forma parte de su “yo” autoconsciente como núcleo de su verdadera y auténtica personalidad. Y este santuario personal e impenetrable debemos respetarlo y guardarlo como algo inestimable. Dice Keyserling: “Si el hombre quiere ser humano tiene que cultivar ante todo la intimidad”.

Estos aspectos de lo privado son hoy tan obvios que su ignorancia o ruptura constituyen la vulneración de un derecho. Y en efecto: todos tenemos derecho a la privacidad y las leyes protegen ese derecho. Por eso, cuando alguien pretende ignorarlo, invocamos incluso a la Constitución para que nos proteja.

Triste es el caso de los personajes más famosos o populares de nuestra sociedad, que se ven asediados por fotógrafos de prensa o por simples curiosos en sus momentos o lugares de mayor privacidad. Esto suele provocar inmediatamente la reacción de los importunados y su huída de las cámaras o de los “papparacci”, aunque no siempre suceda así, pues en ocasiones la exhibición se convierte en negocio, ya que la intimidad se prostituye por dinero igual que el cuerpo.

Pues bien, hoy semejante amenaza se cierne sobre toda personalidad de la vida pública o que simplemente destaque en cualquier campo, y sin llegar a los extremos antes citados, son de compadecer los dirigentes, las autoridades y los responsables que, abrumados por los deberes de la vida pública, no tienen tiempo de acceder a la vida privada o les falta un agujero donde esconderse de los importunos.

Los que no somos famosos ni tenemos sobre nuestros hombros tales responsabilidades vivimos muy ricamente disfrutando de las delicias de la intimidad. No sabemos lo que tenemos. Bueno: algunos, sí... Y no nos lo dejamos arrebatar por nada ni por nadie.

Pablo Herce